



CLUB de RITMO

PUBLICACION "CLUB

DE RITMO" GRANOLLERS

Granollers, Abril de 1953 - Núm. 84

Apuntes sobre la música afronorteamericana

Por Néstor R. Ortiz Oderigo

Muy pobre era el concepto que los blancos tenían en los Estados Unidos acerca de sus hermanos de color. La mayoría de la gente creía a pie juntillas que los morenos eran poco menos que salvajes y que su presencia en el país constituía una amenaza para la «civilización». Pero, dentro de la órbita artística, esas mismas personas se ponían de acuerdo para asegurarnos que la raza de Cam ha creado expresiones dignas de la más empinada consideración. Porque su facultad musical jamás ha sido puesta en tela de juicio. Se la ha aceptado sin reticencias.

Desde los lejanos días de la esclavitud, una genuina tradición artística se viene perpetuando entre los morochos de la Unión. De ella se han ocupado todos los publicistas que han escrito acerca de la tierra de Jefferson. Pero no cabe duda alguna de que la primera manifestación del arte de raíz afra, que verdaderamente llamó la atención del público estadounidense, fué la de los menestrales o «minstrel shows».

Estos espectáculos nacieron en forma humilde entre los esclavos, en las plantaciones ubicadas en los estados meridionales, al sur de la línea Mason y Dixon. Sus primeros atisbos se conocieron a comienzos del siglo pasado, en los teatros y circos de las ciudades del norte y del este, a través de cantantes, banjoístas y danzarines. Las canciones que interpretaban eran las llamadas «plantation songs» (cantos de plantación). Pero pronto fueron explotados y desnaturalizados por los blancos, que los utilizaron como instrumentos de propaganda en contra de sus propios creadores.

Desde 1840, hasta después de la guerra civil, los espectáculos y la música «etiópica»—como entonces se les llamaba—gozaron de gran boga. Explotaban las formas coreográficas y musicales del hombre de tez oscura, y las vestimentas por él usadas en las faenas de las plantaciones. Eran una farsa y una caricatura de lo que en realidad constituye el auténtico arte afroyanqui. No obstante, la gente creía formalmente hallarse en presencia del artículo genuino...

La de los menestrales fué la primera burda adulteración del negrismo. Hoy la tradición se perpetúa en el «jazz».

El genuino cancionero generado por la morenada yanqui fué «descubierto» durante la guerra entre el norte y el sur. Y decimos «descubierto» porque, si bien en el mediodía todos conocían su existencia, en el norte parecían ignorarlo en absoluto.

Con la difusión de los «negro spirituals» o canciones litúrgicas puede decirse que el folklore castizo alcanzó recién merecido éxito entre el público blanco. Durante los años de la contienda civil publicáronse diversos estudios sobre estos cantos. Luego se organizaron algunos coros, como el de la universidad de Fisk, el del instituto Hampton y el «McAdoo Jubilee Singers», lo que afianzó su divulgación.

No tuvieron la misma suerte los «folk songs» seculares. Puede afirmarse que hasta 1911, fecha en que el doctor Howard Washington Odum—una autoridad in-

Pasa a la página 3

SUMARIO

Apuntes sobre la música afronorteamericana, por Néstor R. Ortiz Oderigo.—Crítica a dúo, por Pedro Crusellas y Enrique Farrés—7 años de actuación.—Turk Murphy, por Andrew E. Salmieri.—Resultado del referéndum de «Down Beat» 1952.—Una reunión familiar rebaja en un 50 por 100 el buen humor de D. Pepe, por Leoncio Gaita.—Actividades del Club, por Trombón.—La valiosa colaboración de M. C. S. y de nuestro dibujante Ventura, además de otras notas de interés.